



El Santo Cristo aparecido de Totolapan



que hoy enriquecen las tierras del Escontzin, la barranquilla cercana a la Yecapizteca.

Entre ambos pueblos hubo desde tiempo inmemorial un comercio activo y abundante. Mezclas de sangre unieron a estos dos pueblos con lazos indestructibles, predominando en ellos la sangre de las tribus que formaron el formidable Imperio de los Toltecas y más tarde el de los Aztecas en su rama Tlahulca.

Lógico es que la historia de ellos tuviese puntos de comunidad, y el contacto de sus comerciantes de mutuo convenio llenase de relatos y noticias todos los ámbitos y fuesen el platillo de las conversaciones que la tradición guardó en arcón de oro y fue pasando a tra-

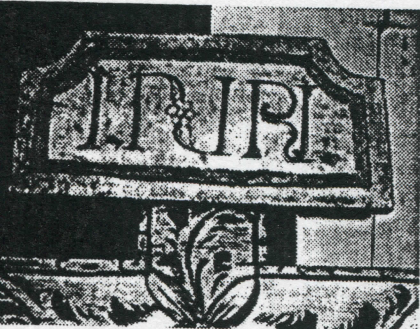
por favor pase a las páginas 12, 13 y 14



I.- Su leyenda de la época Colonial.

Explicaciones previas necesarias:

TOTOLAPAN (de "totolín", pavo indígena, uajolote, y "apan", como terminación y significado de "río", hacen "río de pavos o uajolotes", sólo dista de la vieja Yecapiztlan Xihuitza- Capitalzán, hoy Yecapixtla, escasas tres leguas y media. El poblado indígena cuya fundación se pierde en la obscuridad de tiempos, esconde su belleza innegable entre arboledas y cerros, no lejos de la Herradura, volcán apagado, que en tiempos remotísimos arrojó cenizas y sobre todo arenas



EDITORIAL

H. Rafael Gutierrez Y.

Pascua 97

El Santo Cristo aparecido en Totolapan

Recobrando el tradicional recogimiento, como decían nuestros abuelos,

el Tamoanchán propone, como lectura para esta semana conmemorativa de la Pascua de Cristo, una de las hermosas leyendas: la del Cristo de Totolapan, popular leyenda de la época Colonial escrita por el profesor Juventino Pineda Enriquez. Esta con las leyendas de Tlaltemango, Tepalcingo, Mazatepec y Tlaquitenango se entreflegaron con la religiosidad popular, y sirvieron de telón de fondo al desarrollo industrial del Morelos Colonial. El padre Lauro López Beltrán, otro historiador local abandonado, promotor de la historia Morelense también escribió sobre este Cristo de Totolapan.

El autor de esta leyenda fue uno de los historiadores postrevolucionarios con relevante papel en la cultura durante el Gobierno de Estrada Cagigal frecuentemente galardonado regional y nacionalmente en los torneos de la letras por su imaginativa y buen decir. Nació y murió pobre en su tierra natal Yecapixtla, reunió una modesta biblioteca que junto con muchas de sus históricas fotografías vinieron a dar a estantes de bibliotecas y fototecas actuales, algunas ya publicadas con su nombre perdido en el olvido. La cultura así es; obliga al anonimato cuanto mayor amante. Sólo es renta-

ble en términos comerciales, aunque hay objetos comerciales que, convertidos en testimonios, hacen cultura y construyen estatuas.

Como todas las leyendas que cohesionaron rutas de peregrinación a través de las regiones geográficas de la Nueva España tienen un motivo: la muerte de Cristo, enfatizado por la Iglesia romana posttridentina; unos personajes celestiales que se arrojan con atuendos indígenas; los testigos que siempre son hombres de Dios, justos para que su testimonio tenga validez, frailes, o lacos pero de una piedad reconocida por la comunidad. Estas leyendas suceden en algún cruce comercial de caminos que la Iglesia aprovecha para allegarse recursos después de perder los tributos y los servicios personales indígenas a manos de los colonizadores, y los diezmos que fueron a dar a las manos de los centros de poder para el sostenimiento de la parfernalia eclesiástica.

Los dioses prehispánicos parecen evolucionar desde un origen humano, mientras Cristo, el proclamado Dios por su Padre, sigue el camino inverso, y ya en la tierra, hermanado de los hombres, se hace histórico; después, la Iglesia institucional retira su carta de ciudadano del mundo proclama su muerte y construye un modelo ascético. El arte testimonia este procedimiento.

El Santo Cristo...

viene de la primera plana del suplemento

vés de las generaciones hasta llegar a nuestros días. hasta antes de la aurora del presente siglo fue cosa obiligada que los yecapixtlenses fuesen a las fiestas sagradas del quinto viernes de



Cuaresma a Totolapan y se hospedasen en los hogares humildes pero acogedores de allá y que los de ese bello poblado viniesen a las



jueves y viernes, para presenciar las magnas ceremonias de las cuatro estaciones, predominando las que ocurrían en «la calle Real» frente de la tienda grande, donde se efectuaban «las tres caídas» y se escuchaba el sermón alusivo, después de pregonada la sentencia por el mejor charro de Yecapixtla.

Ayacapixtlan, obra insigne de Fray Jorge de Avila, que no tuvo la gloria de verla terminar, pues murió en la travesía rumbo a España antes de 1550, año éste en que quedó al servicio divino la fozleza del templo de San Juan Bautista de la bellcosa Ayacapixtlan.

Era fraile principal de la comunidad del convento de Totolapan el insigne Antonio de Roa, llamado en el mundo Fernando Alvarez, varón justo y santo que vivía en la penitencia y oración continuas. Su mayor pena, que se traducía en lógrimas que caían sobre su tosco sayal, era sin duda alguna la falta de una imagen del sublime Nazareno crucificado, y ninguna esperanza tenía de poderla conseguir, porque su escarcela pendiente de su cintura estaba siempre vacía; los ochavos y los reales con la efigie de su majestad el rey de España, pocas veces visitaban la gastaba bolsa del monje, y cuando esto ocurría se iban a las manos de los menesterosos. Fray Antonio de Roa no podía soportar la vista de una necesidad sin remediarla de inmediato. Recorría las casuchas de los indios llevándoles sus propios almentos y quedándose sin comer. Esto era cosa común y corriente. En su celda no había siquiera una miserable estera de zacate, ni un banquillo en que descansar el cuerpo. Dormía el santo varón en el duro suelo con el pequeño crucifijo sobre el pecho.

II.- Fray Antonio Roa recibe un Santo Cristo.

El año de 1543 fue año de gracia para Totolapan. Su convento y su bellísima iglesia ofrecían el atractivo de su recia construcción recientemente inaugurados, cuando aún estaban por terminarse la magna iglesia y convento de

Pero Dios siempre socorre la necesidad y llena los anhelos de sus siervos. Aquel viernes de Lázaro, anterior a la semana de Pasión del año de 1543, el Hermano portero del Convento escuchó toques en



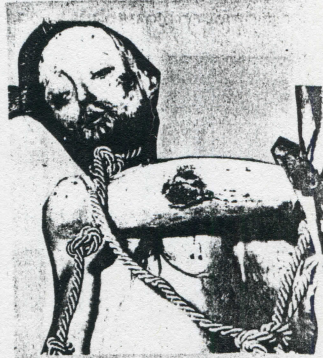
la portada principal, cuando ya comenzada a obscurecer. Pensó que alguien pedía confesión urgente y fue prosuroso a abrir, no sin antes mirar por el visillo. Lo que vio no le dio motivo mayor para abrir, se trataba de un pobre indio que llevaba un bulto a cuestas,



envuelto en una manta de burda lana.

-Abrid hermano, abrid; decid a Fray Antonio que venga, es urgente que lo vea- tal fue el pedimen-

continúa en la siguiente página



fiestas profanas del Tianguis grande que duraban ocho días y principalmente a la Semana Santa, el



El Santo Cristo...

viene de la página 12

to del nativo.

Corrió el hermano portero y dio cuenta al Superior de la ocurrencia.

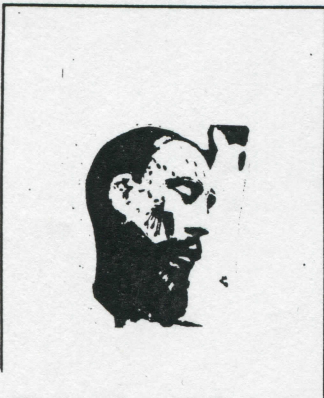
Fray Antonio de Roa bajó a la



portería; allí estaba el indio con su carga. Al descubrirla su asombro no tuvo límites, sus ojos se agrandaron como platos y sus manos se alzaron para dar gracias a Dios.



Delante de él estaba un hermosísimo Crucifijo de tamaño casi natural, con la cabeza caída hacia el brazo derecho, la boca santa en-



esperando. Buscaron por todo el cementerio y por las calles del poblado, pero a nadie encontraron; las indagaciones de los santos varones no dieron resultado alguno; nadie había visto al indio cargador y en los días siguientes nadie se presentó a reclamar. Que un indio hubiese hecho la imagen era imposible; que la hubiese comprado tampoco era creíble. ¿Cómo llegó al Convento esa efigie que sólo al verla movía a llorar? Un misterio completo la envolvió; el milagro era patente. ¡Dios había llenado las ansias y había escuchado el ruego de Fray Antonio de Roa y nada más!

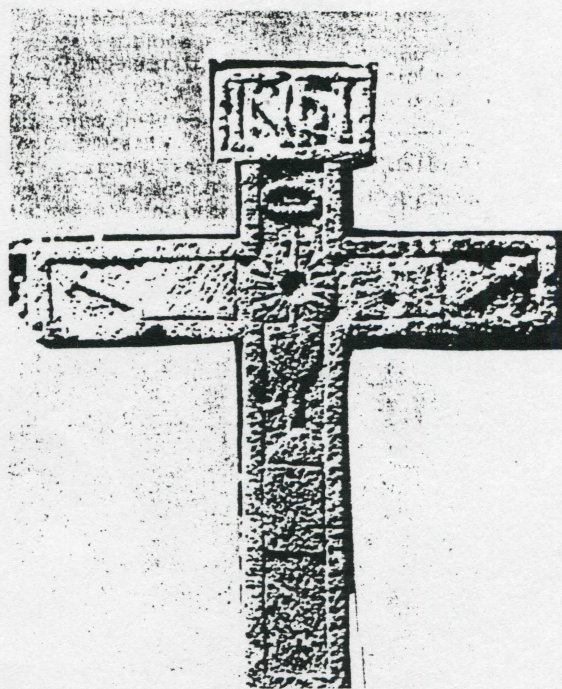
Ese mismo año comenzaron en Totolapan las fiestas religiosas del quinto viernes de Cuaresma. Vinieron danzantes y peregrinaciones con el correr de los años, siendo necesario bajar la imagen hasta el altar principal del templo, las más numerosas llegaban de Yacapixtlan y Tlayacapan, pero algunas procedían de muy lejos, de la Vieja Cholollan y Malinalco, de Xochimilco y de Iguatapan. Quien iba a Chalma se consideraba obligado gratamente a visitar el San-

por favor pase a la página 14

treabierta, como si estuviese diciendo aún: «Todo está consumado», «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». Se veía muy claramente la llaga del costado, y sangre y agua parecían recientes. La santa imagen era perfecta en su líneas. Cayó de rodillas el santo varón y lleno de lágrimas besó muchas veces los pies y las manos del Cristo Santo. Tomó en sus brazos macilentos la efigie toda y cargó con ella para el interior del Convento hasta colocarla en el coro donde él y sus compañeros rezaban maitines y laudes.

Allí rezó su primera oración tocando con sus labios y su frente el suelo y golpeando su pecho.

Al volver a la realidad tras de su meditación, corrió presuroso hasta la portería; había anochecido ya y el hermano portero comenzada a dormir. Lo despertó preguntando por el buen indio que había traído el Santo Cristo. Creyeron ambos que estaría afuera



El Santo Cristo...

viene de la página 13

to Cristo aparecido en Totolapan.

III.- La odisea del Santo Cristo.

El cuadragésimo año de la aparición del Santo cristo en la portería del Convento, los frailes agustinos resolvieron llevarlo a su principal convento de la Ciudad de México. A nadie dijeron su proyecto; sigilosamente procedieron a sacar la sagrada Imagen, más no por la puerta principal del templo, por temor de ser vistos, sino que utilizaron el alto ventanal posterior que daba al camarín interior y comunicaba con el exterior. En las altas horas de la noche la noche la imagen fue bajada hasta el suelo y llevada por las calles silenciosas del pueblo de Totolapan. Obraron así porque no contaban con el consentimiento del pueblo creyeron obrar bien al buscar mayor veneración en la capital del virreynato. Se cuenta que sólo se llevaron el cuerpo más no la cruz, que sirvió para dar pie a la fundación de una "Cofradía de la Santa cruz" en Totolapan, único consuelo que dejaron a los indios, que sumisos se ocupaban solamente de llorar a su santo desaparecido, pensando en que regresaría algún día, como efectivamente sucedió.

La santa imagen, puesta en otra cruz, sirvió en México para las procesiones del ruego a la misericordia de Dios con motivo

de la peste en los años de 1736 a 1737, cuando la vieja Tenochtitlán se llenó de cadáveres que por ser tantos quedaban hasta insepultados por varios días en las calles. Era entonces Arzobispo de México, Virrey, gobernador y Capitán General el Excelentísimo Sr. Dr. D. Juan Antonio de Vizarrón y Eguiarreta, que proclamó el patronato nacional de la Virgen de Guadalupe. la imagen santa estuvo en una capilla especial dentro del hermosísimo templo de San Agustín, que fue convertido más tarde en biblioteca nacional.

La exclaustación decretada por el Presidente D. Benito Juárez, dio ocasión, en el año de 1861, para devolver la imagen a su lugar de origen: Totolapan, después de haber permanecido 278 años en México.

El Santo Cristo fue regresado por tierra con mucho contentamiento de los indios.

IV.- La gruta milagrosa.

Venía el Santo, Cristo aparecido en unas andas, por aquellos caminos de Dios, sobre los hombros de sus hijos de Totolapan, con tanto cuidado y respeto que andaban muy despacio, cubierto, como la joya más preciada, con mantas finas; las gentes de los pueblos por donde pasó salían a recibirlo con sahumerios y velas encendidas y se agregaban a la peregrinación.

Ya estaban bien cerca de Totolapan, y la sed era terrible para los cargadores y acompañantes. Buscaron agua y no la encontraron en parte alguna del monte. Decidieron refugiarse



en una cueva cercana y al descargar el Santo Cristo y ponerlo en la tierra, su peso realizó un milagro portentoso: la tierra de la gruta comenzó a humedecerse e instantes después brotaba agua cristalina, fresca y pura, que todos bebieron,

sintiendo que recuperaban fuerzas.

No se puede describir la alegría de los moradores de Totolapan al ver otra vez a su santo querido. Pasó por las calles pisando flores y lleno el aire de aromas de incienso.

La gruta es ahora lugar de silencio, de oraciones; esa agua es curativa, al decir de las gentes, y sirve para llenar la pileta el Sábado de Gloria. Allí en un montículo, está una cruz, y se dice misa en ese lugar una que otra vez.

Referencias

El texto esta tomado del libro: EN LA VIEJA TLALNAHUAC. Leyendas

y costumbres del desaparecido Profesor Juventino Pineda Enríquez

Ediciones Bernal Dias. Yecapixtla Morelos 1959.

Las ilustraciones estan tomadas de: MEXICO, ANGUSTIAS DE SUS

CRISTOS. Autores varios. Ediciones del I.N.A.H. Mexico 1967. Y

del Archivo fotográfico del proyecto Atlas de la Arquitectura

Colonial en Morelos del Centro I.N.A.H. Morelos.



tamoanchán

UNA CRONICA DE HISTORIA REGIONAL

Es un suplemento semanal editado por





Cualquier Información, sugerencia o publicidad dentro de este suplemento, favor de dirigirse a nuestras instalaciones en la Avenida Palmas #111 Fraccionamiento Bella Vista, c.p. 62170, en Cuernavaca, o al Teléfono (73) 13-28-93



número 21